



CORAZONES
ARDIENTES
PIES EN
CAMINO



Materiales de Preparación para la Jornada Mundial de las Misiones



OBRAS MISIONALES PONTIFICIO
EPISCOPALES DE MÉXICO A.R.



PONTIFICIA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

ompe.mx

DOMUND



Mensaje del Santo Padre Francisco



OMPE MÉXICO



CORAZONES FERVIENTES. PIES EN CAMINO

(CF. LC 24,13-35)

Queridos hermanos y hermanas:

Para la Jornada Mundial de las Misiones de este año he elegido un tema que se inspira en el relato de los discípulos de Emaús, en el Evangelio de Lucas (cf. 24,13-35): «Corazones fervientes, pies en camino». Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente. En el relato evangélico, percibimos la transformación de los discípulos a partir de algunas imágenes sugestivas: los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos al reconocerlo y, como culminación, los pies que se ponen en camino. Meditando sobre estos tres aspectos, que trazan el itinerario de los discípulos misioneros, podemos renovar nuestro celo por la evangelización en el mundo actual.

1. Corazones que ardían «mientras [...] nos explicaba las Escrituras». En la misión, la Palabra de Dios ilumina y transforma el corazón.

A lo largo del camino que va de Jerusalén a Emaús, los corazones de los dos discípulos estaban tristes —como se reflejaba en sus rostros— a causa de la muerte de Jesús, en quien habían creído (cf. v. 17). Ante el fracaso del Maestro crucificado, su esperanza de que Él fuese el Mesías se había derrumbado (cf. v. 21).

Entonces, «mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos» (v. 15). Como al inicio de la vocación de los discípulos, también ahora, en el momento de su desconcierto, el Señor toma la iniciativa de acercarse a los suyos y de caminar a su lado. En su gran misericordia, Él nunca se cansa de estar con nosotros; incluso a pesar de nuestros defectos, dudas, debilidades, cuando la tristeza y el pesimismo nos induzcan a ser «duros de entendimiento» (v. 25), gente de poca fe.

Hoy como entonces, el Señor resucitado es cercano a sus discípulos misioneros y camina con ellos, especialmente cuando se sienten perdidos, desanimados, amedrentados ante el misterio de la iniquidad que los rodea y los quiere sofocar. Por ello, «¡no nos dejemos robar la esperanza!» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 86). El Señor es más grande que nuestros problemas, sobre todo cuando los encontramos al anunciar el Evangelio al mundo, porque esta misión, después de todo, es suya y nosotros somos simplemente sus humildes colaboradores, “siervos inútiles” (cf. Lc 17,10).

Quiero expresar mi cercanía en Cristo a todos los misioneros y las misioneras del mundo, en particular a aquellos que atraviesan un momento difícil. El Señor resucitado, queridos hermanos y hermanas, está siempre con ustedes y ve su generosidad y sus sacrificios por la misión de evangelización en lugares lejanos. No todos los días de la vida resplandece el sol, pero acordémonos siempre de las palabras del Señor Jesús a sus amigos antes de la pasión: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Después de haber escuchado a los dos discípulos en el camino de Emaús, Jesús resucitado «comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él» (Lc 24,27). Y los corazones de los discípulos se encendieron, tal como después se confiarían el uno al otro: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Jesús, efectivamente, es la Palabra viviente, la única que puede abrasar, iluminar y transformar el corazón.

De ese modo comprendemos mejor la afirmación de san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Comentario al profeta Isaías, Prólogo). «Si el Señor no nos introduce es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de la misión de Jesús y de su Iglesia en el mundo permanecen indescifrables» (Carta ap. M.P. *Aperuit illis*, 1). Por ello, el conocimiento de la Escritura es importante para la vida del cristiano, y todavía más para el anuncio de Cristo y de su Evangelio. De lo contrario, ¿qué transmitiríamos a los demás sino nuestras propias ideas y proyectos? Y un corazón frío, ¿sería capaz de encender el corazón de los demás?

Dejémosnos entonces acompañar siempre por el Señor resucitado que nos explica el sentido de las Escrituras. Dejemos que Él encienda nuestro corazón, nos ilumine y nos transforme, de modo que podamos anunciar al mundo su misterio de salvación con la fuerza y la sabiduría que vienen de su Espíritu.

2. Ojos que «se abrieron y lo reconocieron» al partir el pan. Jesús en la Eucaristía es el culmen y la fuente de la misión.

Los corazones fervientes por la Palabra de Dios empujaron a los discípulos de Emaús a pedir al misterioso viajero que permaneciese con ellos al caer la tarde. Y, alrededor de la mesa, sus ojos se abrieron y lo reconocieron cuando Él partió el pan. El elemento decisivo que abre los ojos de los discípulos es la secuencia de las acciones realizadas por Jesús: tomar el pan, bendecirlo, partirlo y dárselo a ellos.

Son gestos ordinarios de un padre de familia judío, pero que, realizados por Jesucristo con la gracia del Espíritu Santo, renuevan ante los dos comensales el signo de la multiplicación de los panes y sobre todo el de la Eucaristía, sacramento del Sacrificio de la cruz. Pero precisamente en el momento en el que reconocen a Jesús como Aquel que parte el pan, «Él había desaparecido de su vista» (Lc 24,31). Este hecho da a entender una realidad esencial de nuestra fe: Cristo que parte el pan se convierte ahora en el Pan partido, compartido con los discípulos y por tanto consumido por ellos. Se hizo invisible, porque ahora ha entrado dentro de los corazones de los discípulos para encenderlos todavía más, impulsándolos a retomar el camino sin demora, para comunicar a todos la experiencia única del encuentro con el Resucitado. Así, Cristo resucitado es Aquel que parte el pan y al mismo tiempo es el Pan partido para nosotros. Y, por eso, cada discípulo misionero está llamado a ser, como Jesús y en Él, gracias a la acción del Espíritu Santo, aquel que parte el pan y aquel que es pan partido para el mundo.

A este respecto, es necesario recordar que un simple partir el pan material con los hambrientos en el nombre de Cristo es ya un acto cristiano misionero. Con mayor razón, partir el Pan eucarístico, que es Cristo mismo, es la acción misionera por excelencia, porque la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.

Lo recordó el Papa Benedicto XVI: «No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento [de la Eucaristía]. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: "Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera"» (Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 84).

Para dar fruto debemos permanecer unidos a Él (cf. Jn 15,4-9). Y esta unión se realiza a través de la oración diaria, en particular en la adoración, estando en silencio ante la presencia del Señor, que se queda con nosotros en la Eucaristía. El discípulo misionero, cultivando con amor esta comunión con Cristo, puede convertirse en un místico en acción. Que nuestro corazón anhele siempre la compañía de Jesús, suspirando la vehemente petición de los dos de Emaús, sobre todo cuando cae la noche: "¡Quédate con nosotros, Señor!" (cf. Lc 24,29).

3. Pies que se ponen en camino, con la alegría de anunciar a Cristo Resucitado. La eterna juventud de una Iglesia siempre en salida.

Después de que se les abrieron los ojos, reconociendo a Jesús «al partir el pan», los discípulos, sin demora, «se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén» (Lc 24,33). Este ir de prisa, para compartir con los demás la alegría del encuentro con el Señor, manifiesta que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 1). No es posible encontrar verdaderamente a Jesús resucitado sin sentirse impulsados por el deseo de comunicarlo a todos. Por lo tanto, el primer y principal recurso de la misión lo constituyen aquellos que han reconocido a Cristo resucitado, en las Escrituras y en la Eucaristía, que llevan su fuego en el corazón y su luz en la mirada. Ellos pueden testimoniar la vida que no muere más, incluso en las situaciones más difíciles y en los momentos más oscuros.

La imagen de los “pies que se ponen en camino” nos recuerda una vez más la validez perenne de la misión ad gentes, la misión que el Señor resucitado dio a la Iglesia de evangelizar a cada persona y a cada pueblo hasta los confines de la tierra. Hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Cristo. Por tanto, aprovecho esta ocasión para reiterar que «todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable» (ibíd., 14). La conversión misionera sigue siendo el objetivo principal que debemos proponernos como individuos y como comunidades, porque «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (ibíd., 15).

Como afirma el apóstol Pablo, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5,14). Se trata aquí de un doble amor, el que Cristo tiene por nosotros, que atrae, inspira y suscita nuestro amor por Él. Y este amor es el que hace que la Iglesia en salida sea siempre joven, con todos sus miembros en misión para anunciar el Evangelio de Cristo, convencidos de que «Él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (v. 15). Todos pueden contribuir a este movimiento misionero con la oración y la acción, con la ofrenda de dinero y de sacrificios, y con el propio testimonio. Las Obras Misioneras Pontificias son el instrumento privilegiado para favorecer esta cooperación misionera en el ámbito espiritual y material. Por esto la colecta de donaciones de la Jornada Mundial de las Misiones está dedicada a la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe.

La urgencia de la acción misionera de la Iglesia supone naturalmente una cooperación misionera cada vez más estrecha de todos sus miembros a todos los niveles. Este es un objetivo esencial en el itinerario sinodal que la Iglesia está recorriendo con las palabras clave comunión, participación y misión. Tal itinerario no es de ningún modo un replegarse de la Iglesia sobre sí misma, ni un proceso de sondeo popular para decidir, como se haría en un parlamento, qué es lo que hay que creer y practicar y qué no, según las preferencias humanas. Es más bien un ponerse en camino, como los discípulos de Emaús, escuchando al Señor resucitado que siempre sale a nuestro encuentro para explicarnos el sentido de la Escrituras y partir para nosotros el Pan, y así poder llevar adelante, con la fuerza del Espíritu Santo, su misión en el mundo.

Como aquellos dos discípulos «contaron a los otros lo que les había pasado por el camino» (Lc 24,35), también nuestro anuncio será una narración alegre de Cristo el Señor, de su vida, de su pasión, muerte y resurrección, de las maravillas que su amor ha realizado en nuestras vidas.

Pongámonos de nuevo en camino también nosotros, iluminados por el encuentro con el Resucitado y animados por su Espíritu. Salgamos con los corazones fervientes, los ojos abiertos, los pies en camino, para encender otros corazones con la Palabra de Dios, abrir los ojos de otros a Jesús Eucaristía, e invitar a todos a caminar juntos por el camino de la paz y de la salvación que Dios, en Cristo, ha dado a la humanidad.

Santa María del camino, Madre de los discípulos misioneros de Cristo y Reina de las misiones, ruega por nosotros.

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2023, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Francisco



DOMUND



En la misión, la Palabra de Dios ilumina y transforma el corazón.



OMPE MÉXICO



CORAZONES FERVIENTES. PIES EN CAMINO (CF. LC 24.13-35)

+ José Antonio Fernández Hurtado
Arzobispo de Tlalnepantla

S.S. Francisco ha elegido para la Jornada Mundial de las Misiones de este año 2023 un tema que se inspira en el relato de los discípulos de Emaús, en el Evangelio de Lucas (cf. 24,13-35): "Corazones fervientes, pies en camino" en la introducción del Mensaje nos dice: "Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente". Continúa diciendo el Papa: "En el relato evangélico, percibimos la transformación de los discípulos a partir de algunas imágenes sugestivas: los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos a reconocerlo y como culminación, los pies que se ponen en camino".

Partamos de la lectura del pasaje de Lc. 24, 13-35.

Ese mismo día, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. Él les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!». «¿Qué cosa?», les preguntó. Ellos respondieron: «Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que están con nosotros nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro y al no hallar el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que se les había aparecido unos ángeles, asegurándonos que él está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron». Jesús les dijo: «¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No será necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?». Y comenzando por Moisés y continuando en todas las Escrituras lo que se refería a él. Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba».

El entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Como hemos hecho alusión anteriormente el mensaje del Papa Francisco para este Domund 2023, se inspira en el pasaje de Emaús que acabamos de escuchar, y se ha dividido en tres sub-temas, me toca reflexionar el primero:

1. "Corazones que ardían "mientras [...] nos explicaba las Escrituras". En la misión, la Palabra de Dios ilumina y transforma el corazón".

Cleofás y el otro discípulo van tristes y apesadumbrados, porque habían puesto su esperanza en un liberador socio-político de Israel y con su muerte ninguna de sus expectativas se cumplió. Por esta razón la muerte de Jesús es un fracaso sin igual para ellos, que aún no creen en el anuncio de las mujeres de que Cristo resucitó. Por eso, a pesar de que Jesús camina con ellos, no están en condiciones de reconocerlo. Cuando Jesús se acerca a los dos caminantes estos no tienen ojos para reconocerlo, porque la desilusión les embarga el ánimo. En la tumba del crucificado quedaron enterradas sus esperanzas mesiánicas. A pesar de los rumores que comienzan a circular por el grupo de sus discípulos, nadie ha visto al supuestamente resucitado Jesús. Están tristes y derrotados. Ya no creen en él, ni esperan nada del mismo. Así lo exponen ponen al desconocido que se ha unido a la marcha. "Entonces Jesús les dijo. ¡Qué necios y torpes son para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras". Ésta es la primera vía que Jesús les abre para acceder a la fe en su persona: lectura cristológica de la Escritura, haciéndoles ver la estrecha relación que hay entre las profecías mesiánicas del antiguo testamento y su cumplimiento en el nuevo, es decir en Jesús de Nazaret.

Los relatos pascuales nos descubren diversos caminos para encontraros con el Resucitado. El relato de Emaús es, quizá el más significativo, y sin duda el más extraordinario. La situación de los discípulos está bien descrita desde el comienzo y refleja un estado de ánimo en el que nos podemos encontrar también nosotros hoy.

Los discípulos poseen aparentemente todo lo necesario para creer. Conocen los escritos del Antiguo Testamento, el mensaje de Jesús, su actuación y su muerte en la cruz. Han escuchado también el mensaje de la resurrección. Las mujeres les han comunicado su experiencia y les han anunciado que "está vivo". Todo es inútil. Ellos siguen su camino envueltos en tristeza y desaliento. Todas las esperanzas puestas en Jesús se han desvanecido con el fracaso en la cruz.

El evangelista va sugerir dos caminos para recuperar la fe viva en el Resucitado. El primero es la escucha de la Palabra de Jesús. Aquellos discípulos siguen, a pesar de todo, pensando en Jesús, hablando de él, preguntando por él. Y es precisamente entonces cuando el Resucitado se hace presente en su caminar. Allí donde unos hombres y mujeres recuerdan a Jesús y se preguntan por el significado de su mensaje y su persona, allí está él, aunque sean incapaces de reconocer su presencia.

No esperemos grandes prodigios. Si alguna vez, al escuchar el Evangelio de Jesús y recordar sus palabras, hemos sentido "arder nuestro corazón" no olvidemos que él camina junto a nosotros.

El Papa Francisco subraya que el Señor toma la iniciativa de acercarse a los suyos y de caminar a su lado como lo hizo con los discípulos de Emaús. En su gran misericordia, él nunca se cansa de estar con nosotros; incluso a pesar de nuestros defectos, dudas, debilidades, cuando la tristeza y el pesimismo nos induzcan a ser duros de entendimiento.

Hoy como entonces, continua diciendo Su Santidad, el Señor resucitado es cercano a sus discípulos misioneros y camina con ellos, especialmente cuando se sienten perdidos, desanimados, amedrentados ante el misterio de iniquidad que los rodea y los quiere sofocar. Por ello, "no nos dejemos robar la esperanza" (Exhort. Ap. Evangelio gaudium, 86). El Señor es más grande que nuestros problemas, sobre todo cuando los encontramos al anunciar el Evangelio al mundo, porque esta misión, después de todo, es suya y nosotros somos simplemente sus humildes colaboradores, "siervos inútiles" (cf. Le Le 17,10).

Un elemento fundamental que enfatiza el Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de la Misiones este año, es la cercanía de Dios para con nosotros. En la pasada visita que realizamos los obispos a Roma en la "Visita ad Limina" (visita a la tumba de los apóstoles) un momento esperado con mucha alegría es nuestro encuentro con el sucesor de Pedro, en el cual el Papa dialogó con nosotros los obispos y entre varios temas nos invitó a que tuviéramos cuatro cercanías: Con Dios, entre nosotros los obispos, con los sacerdotes y con el Pueblo de Dios. Dios siempre nos pone el ejemplo de cercanía.

La pregunta por tanto, no es si Jesús va a estar o no con nosotros, sino preguntarnos si sabemos reconocerlo gracias a las mediaciones de encuentro con él. Ciertamente hay que reconocer al Resucitado en la Sagrada Escritura leída desde el misterio pascual de Jesús, en los sacramentos y, particularmente en la eucaristía, en la comunidad reunida presidida por los apóstoles, comunidad que comparte la fe y la alegría de la resurrección del Señor. Estas mediaciones de encuentro tienen tal capacidad de hacer presente a Cristo que hacen arder el corazón y abren los ojos para reconocer qué Jesús crucificado es el resucitado. Del gozo del encuentro brota el Misionero, testigo alegre de la vida que regala el resucitado.

Para mí ha sido esencial tener la eucaristía como centro de mi vida. Palabra y Eucaristía. Jesucristo es Sumo y Eterno Sacerdote que instituye el sacerdocio y la eucaristía, al despedirse promete su presencia viva, poniendo en manos de los apóstoles al Espíritu Santo que hará realidad el misterio de la eucaristía, estamos invitados todos los bautizados a ser discípulos misioneros, de manera especial los sacerdotes, a tener la eucaristía como como Centro de cada jornada. Me encantan las palabras del Papa Benedicto XVI que dice "Que la eucaristía sea una escuela viva, en la que el sacrificio de Jesús en la cruz enseñe a hacer de ti un don total a los hermanos".

Bendito Dios que cada día en nuestra Iglesia católica se le ha ido dando más importancia a la Sagrada Escritura, para tener ese contacto con la Palabra de Dios teniendo un encuentro cercano con nuestro Dios, y ser "Oyentes de su Palabra" que da vida. Con gozo constatamos que se tiene a nivel nacional el "Mes de la Biblia" para promover esta escucha de la Palabra; hay en muchos lugares "Escuelas de Biblia"; se ha recuperado la "Lectio Divina" en muchos sitios. Está presente la Palabra de Dios en los procesos pastorales catequéticos. Se ha fomentado la lectura de la Biblia en las familias. "Con los discípulos de Emaús podemos decir con alegría ¿Acaso no ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las escrituras?". No olvidemos la afirmación de san Jerónimo: "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo" (Comentario al profeta Isaías, Prólogo).

Sin duda que el mensaje del Papa Francisco para esta 97 Jornada Mundial de la Misiones nos alienta a que aumentemos nuestro ardor y entusiasmo para ser auténticos discípulos misioneros de Jesucristo y llevar a nuestros hermanos y hermanas en México y otros países el evangelio, la buena nueva noticia de salvación.

Para mí, y seguramente para muchas personas Aparecida ha sido un Documento inspirador y de manera muy especial el No. 278. En donde se nos habla del proceso de formación de los discípulos misioneros y en donde se destacan cinco aspectos fundamentales que aparecen de diversas maneras en cada etapa del camino, pero que se compenetran íntimamente y se alimentan entre sí. 1 El Encuentro con Jesucristo; 2 La Conversión; 3 El Discipulado; 4 La Comunión y 5 La Misión. ¡Los discípulos de Emaús, siguieron estos pasos!, ¡también nosotros estamos invitados a darlos!.

“Corazones fervientes, pies en camino” “Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente”.

Los discípulos de Emaús siguieron estos 5 aspectos que anota el Documento de Aparecida.

Les invito a que de manera especial nos quedemos con estas imágenes hermosas que el Papa Francisco nos da en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones: Los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos a reconocerlo y, como culminación, los pies que se ponen en camino.



DOMUND



Ojos que "se abrieron y lo reconocieron" al partir el pan.



OMPE MÉXICO



CORAZONES LATENTES DE ESPERANZA CON LA MIRADA AL CIELO, Y LOS PIES EN LA TIERRA

P. Julio Alfredo García Sánchez, svd
Misionero del Verbo Divino en México

Para la Jornada o Día Mundial de las Misiones 2023, a efectuarse el domingo 22 de octubre de 2023; el Papa Francisco ha transmitido un mensaje invitando a reafirmar nuestro ardor misionero con el tema "Corazones fervientes, pies en camino" mensaje inspirado del diálogo entre Jesús y los discípulos de Emaús que se relata en el Evangelio de Lucas 24, 13-35. Para estar en contexto se presenta un fragmento en palabras textuales del Papa Francisco el tema central del mensaje que acompañara el DOMUND 2023.

"Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente. En el relato evangélico, percibimos la transformación de los discípulos a partir de algunas imágenes sugestivas: los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos al reconocerlo y, como culminación, los pies que se ponen en camino. Meditando sobre estos tres aspectos, que trazan el itinerario de los discípulos misioneros, podemos renovar nuestro celo por la evangelización en el mundo actual" (Fragmento del mensaje del Papa Francisco, para el DOMUND 2023)

OJOS QUE "SE ABRIERON Y LO RECONOCIERON" AL PARTIR EL PAN. JESÚS EN LA EUCARISTÍA ES EL CULMEN Y FUENTE DE LA MISIÓN (LC 24,29-35)

a. Lectura (Ver) "Ojos que se abrieron"

Cuántas veces el ser humano ha vivido una desilusión, o desanimo a causa de diversas circunstancias de la vida. Vivimos en un tiempo cada vez más complejo y fugaz marcado por una epidemia que duro poco más de dos años, la cual ha dejado familias inmersas en una crisis y abriendo los ojos a una realidad marcada de dolor, muerte, desesperanza, y quizás un vacío existencial.

Si bien, algunos medios digitales, ayudaron durante ese tiempo a mantener un acercamiento entre las personas, sin embargo, también contribuyeron a un posible distanciamiento. El lenguaje visual particularmente el de las redes sociales adquirió un poder impensable, por tanta información que llegaba día a día a cada hogar, cada familia, cada persona.

Las redes sociales, como el Facebook, WhatsApp, Zoom, o la nueva tendencia del tiktok, son plataformas que han abierto la mirada a una nueva realidad virtual carente de un acercamiento físico, lo cual debe hacer pensar y revalorar la finalidad para la cual surgieron: “La influencia de las redes sociales nos permite el aprendizaje colaborativo e involucra espacios de intercambio de información que fomenta la cooperación, y además nos permite tener más conocimientos sobre de las nuevas tecnologías y así percibir y procesar la información”.

Se vive cada vez más en un mundo inmerso en las redes sociales con variadas finalidades, informar, entretener, relajar, comunicar. No se les puede ver como enemigos, se debe saber aprovechar su uso, para no desvirtuar lo que realmente acontece en la realidad, mirar a través de ellas lo que verdaderamente es importancia para la vida. Basta mirar a nuestro alrededor para percibir que el mal uso de las redes sociales, pueden privar de la presencia cercana con el otro, el sentir una mirada cara a cara, un abrazo, una palmada en el hombro, una palabra de aliento, un caminar juntos.

En la actualidad se palpa que, tanto hombres como mujeres, niños, jóvenes y adultos busquen solo el entretenimiento, lo que les llena al momento, lo efímero, lo rápido pero fugaz, ello puede imposibilitar a las personas del sentir el latir sus corazones. Las redes sociales sin importar la edad, cultura, condición social y económica sumerge a las personas en un mundo fragmentado, carente de lo real que solo puede darse de un encuentro real y verdadero con el otro. Por ejemplo, un encuentro cara a cara con el Resucitado, quien está ahí dispuesto a darse en la fracción del Pan (Cfr. Mateo 26, 26-28).

Cada vez que se participa de una Misa virtual y ya no necesariamente presencial, algunas redes sociales privan de aquello que es elemental, el reconocer a Cristo real y presente cada vez que se parte y comparte en la Eucaristía, no atreves de un televisor, una computadora o un móvil. Este fenómeno nos ciega e impide abrir nuestros ojos para reconocer a Jesús tal como les sucedió a los discípulos de Emaús, cara a cara al momento de partir el pan después de caminar con ellos. ¿Qué nos gusta mirar, porque lo miramos, cómo influye en nuestra vida?

b. Meditar (Juzgar) “Y lo reconocieron al partir el Pan”

El bombardeo visual que llega por medio de las redes sociales imposibilita e impide aquietar mentes y corazones para mirar hacia el interior, el tener la necesidad de un tiempo para uno mismo, para meditar, reflexionar tales acciones van perdiendo cada vez importancia.

Las nuevas tecnologías tan llenas de símbolos y signos se van posesionando solo para entretener, por lo tanto, ¿cómo recuperar la mirada hacia lo que realmente trae paz y felicidad para la vida? La respuesta puede resultar con una variedad de argumentos.

No obstante, las Sagradas Escrituras deben hacerse presentes más que nunca, y con la ayuda de las redes sociales luchar para posesionarse como un signo latente, vivificante y que actualiza las diversas circunstancias de la vida del creyente, es decir, ¿reconocemos el amor de Cristo en el prójimo? ¿Nuestro alimento espiritual calma el hambre, la ansiedad y logra llena los vacíos existenciales que todo ser humano ha vivido por lo menos una vez en la vida?

La Palabra que se ha encarnado en la humanidad como promesa (Cfr. Juan 1,1-4) es alimento espiritual por excelencia. Para llegar al corazón y transformar la vida se puede hacer mediante la digitalización, para profundizar cada vez más de la Palabra ha de ser leída, meditada, orada y contemplada, por medio de la Lectio Divina "lectura orante", herramienta de evangelización vigente aún. Quizás con nuevas herramientas que implemente nuevos símbolos y signos visuales que inviten al creyente a ir al encuentro de Jesús.

Apropiarse de la Palabra, mediante una lectura orante que parta de experiencias reales de la vida implicara mirar desde dentro, sacar lo que hay oculto en el interior del hombre para encender los corazones cansados y agobiados, pero también, mantener encendida esa llama que todo corazón se dispone para cautivar, amar y servir a ejemplo de los valores de Cristo, que se encarna como alimento espiritual en una entrega generosa en cada Eucaristía.

Es urgente y necesario asumir el compromiso como bautizado para creer fielmente que Jesús en la Eucaristía es el culmen y fuente nuestra misión. Hay que estar dispuestos a abrir nuevos horizontes de evangelización, disponerse a asumir una misión desde y para la vida, tal como Jesús lo entendió a su tiempo y realidad (Cfr. Marcos 1, 7-11) acompañando aquellos discípulos después de explicarles las Escrituras, al partir y compartir. (Lc 24, 30-32).

Reconocer que la Eucaristía es culmen de la misión, es darse cuenta que por medio de la comunión sacramental el ser humano puede dejar a un lado su egoísmo, es un salir de sí mismo para asumirse y comprometerse como discípulo y misionero del Evangelio, para ello necesita ver y reflexionar con claridad y a la luz de la Palabra que debemos reavivar el ardor del corazón propio y los corazones de todas las personas, reavivando la semilla que ya habita en cada corazón impulsando a un compromiso de ser auténtico misioneros.

La misión que parte de la fracción del pan, no ha de asumirse obligada sino desde el amor de verdaderos cristianos, comprometidos con el cuidado de la vida misma y los valores del Reino, responsabilidad adquirida desde el bautismo (Ver Mateo 28, 19-20). Ser bautizados es ser más que católicos, es vernos como hermanos llevando la Buena Nueva, que si bien, la prioridad deben ser aquellos lugares en donde el Evangelio aún no es conocido, quizás sea necesario voltear la mirada a nuestro alrededor, por ejemplo la propia familia, los amigos, vecinos etc. Por lo tanto, el sacramento del Bautizo que ha depositado carácter e identidad, en cada comunión sacramental el corazón ha de vibrar, con un celo apostólico que comprometa como discípulos y misioneros e ir a anunciar que Jesús está vivo.

¿El asistir a misa, es una carga, una obligación, es lo mismo participar de ella mediante las redes sociales, que presencial? ¿En el momento de la fracción del Pan, a que me mueve, que veo a que me invita?

c. Orar (Actuar) "Jesús en la Eucaristía"

Asumir con responsabilidad que Cristo está presente y real en cada fracción de pan, implicará, el abrir sigilosos los ojos a una realidad en la que impera el vernos los unos a los otros no como entes aislados y sino como una Iglesia que se congrega real y verdadera para vernos como hermanos dispuestos a vivir en fraternidad, en comunión, común - unión con Cristo Jesús como Iglesia. Una mira capacitada para ver y descubrir en el rostro del hermano a Cristo mismo.

No podemos asumir que conocemos al resucitado en las Escrituras, si no le reconocemos en la Eucarística y menos en el prójimo. La Eucaristía es alimento que vitaliza e impulsa a ser misioneros, acercándonos a cada persona de nuestro alrededor, a buscar una sincera reconciliación, "...Por lo tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda..." (Cfr. Mateo 5, 20-26).

Para abrir los ojos tal como los discípulos de Emaús y mirar a Cristo cada vez que se parte y comparte, no será suficiente aprenderse la Palabra del Señor, como una fórmula para acumular conocimiento. Es decir, que conocer las Escrituras es prepararse para un encuentro íntimo de fe viva y encarnada en cada Misa, concretamente en la Eucaristía.

Ver a Jesús en cada fracción de Pan es mirar con una mente y corazón abiertos, es mirar en cada persona sus alegrías, pero también sus sufrimientos, lo cual, nos permita no solo convertirnos en apologistas de nuestra fe, por medio de un conocimiento superficial de lo que vivimos y celebramos en cada Eucaristía, sino una fe que se concrete, se haga vida, encarnada en la realidad y actualizada en cada Misa. "La Eucaristía es "fuente y culmen de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5). (CIC 1324).

Cada vez que comulgamos, ¿qué me motiva hacerlo? El reconocimiento filial y verdadero con Cristo resucitado en la fracción del Pan, el miedo a no ser condenados, o quizás el simple hecho de que los demás miren lo piadosos que podemos llegar a ser al comulgar frecuentemente. La respuesta habitará en lo más profundo del corazón de cada persona. Encuentra su fundamento en la propia Eucaristía "La comunión de vida divina y la unidad del Pueblo de Dios, sobre los que la propia Iglesia subsiste, se significan adecuadamente y se realizan de manera admirable en la Eucaristía. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y por él al Padre" (CIC 1325).

d. Contemplar (Evaluar) "Culmen y fuente de la misión"

"Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías.

Todo el segundo capítulo del Símbolo de la fe hay que leerlo a la luz de esto. Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo. Aquí se mencionará solamente lo que se refiere a la promesa del Espíritu Santo hecha por Jesús y su don realizado por el Señor glorificado" (CIC, 727).

Poner nuestros ojos en la Eucaristía, se vuelve un imperativo para mirar que somos Iglesia, si con sus debilidades, pero también llena de dones. Ser Iglesia en salida es siempre en un constante dinamismo, que no puede dejar de ser amor del Padre, mediante la persona de Cristo y por medio del Espíritu Santo, quien guía y anima a estar dispuestos a ser misioneros "ad gentes" una misión impulsada de la comunión perfecta de amor a ejemplo de la Trinidad.

Finalmente, para comprender el misterio que se acontece en cada Eucaristía y poder afirmar que Jesús en la Eucaristía es el culmen y fuente de la misión. Rescatemos lo que se acentúa en el Catecismo de la Iglesia Católica, número 1332: "se denomina al sacrificio eucarístico con la palabra Misa 'porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación se termina con el envío de los fieles (del verbo 'missio', enviar) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana'.

Por lo tanto, Jesús presente en la Eucaristía, nos invita a no quedarnos en un acto propiamente litúrgico y superficial, sino a cumplir la voluntad del Padre quien ha enviado a Jesús al mundo, y al prometernos la venida del Espíritu Santo para capacitarnos a la misión, para anunciar al resucitado que está ahí en la vida cotidiana, en los dolores y alegrías de la humanidad y practicar las virtudes de la fe, esperanza y caridad.



DOMUND



Pies que se ponen en camino.



OMPE MÉXICO



LA ETERNA JUVENTUD DE UNA IGLESIA SIEMPRE EN SALIDA

Dra. María del Socorro Becerra Molina, hmSP

El tercer aspecto que propone reflexionar el Papa Francisco para el Domingo Mundial de las Misiones es exactamente la misión de anunciar con alegría a Cristo Resucitado. El Santo Padre ha insistido, a lo largo de su pontificado, en la necesidad de vivir en estado de misión, así es que en esta ocasión no es la excepción, lo proponen como el objetivo primordial de la Iglesia: «La conversión misionera sigue siendo el objetivo principal que debemos proponernos como individuos y como comunidades». La conversión misionera implica tomar conciencia ¿qué es la misión y la Iglesia? A este respecto se dijo en el V Congreso Americano Misionero: «La misión no comienza con la Iglesia, sino que ésta, la Iglesia, se pone a disposición de la Misión, constituida ella misma en misión ¡La Iglesia es misión! La actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío de la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera pues la salida misionera es el “paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15)». Sin embargo, debido a la praxis de años en la Iglesia, ahora hay que motivar para que las estructuras eclesiales “se vuelvan más misioneras” (EG 27) en todos sus rubros.

Enviados por el Enviado del Padre

En la tarea de la misión estamos implicados todos los miembros de la Iglesia, su mismo fundador estuvo preocupado por la salvación de todas las personas. El contenido de la evangelización es Jesucristo mismo, a la vez que Él es el primer Misionero. Así es que la Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. La Iglesia es el resultado del envío de unos discípulos, los cuales son enviados por el Misionero del Padre. El Cuarto Evangelio muestra la conciencia que tiene el Hijo de Dios de ser enviado por el Padre: «El que me envió» (Jn 4,34; 5,24.30; 6,38). El autor explicita que Dios mismo o el Padre enviaron a Jesucristo: «Dios envió a su Hijo» (Jn 3,17.34; 1Jn 4,9); «el Padre me envió» (Jn 5,36s; 6,44; 8,18; 12,49). Por eso, constantemente manifiesta que su voluntad está orientada a hacer la voluntad del Padre, que lo ha enviado (6,38) y para realizar la encomienda divina: «hacer la voluntad el que me envió y llevar a cabo su obra» (4,34). Así es que Jesús es el primer Misionero ocupado en la obra del Padre.

Hay una profunda unidad entre el que envía y el enviado. Por eso es que Jesucristo, como enviado del Padre, expresa: Quien honra al Hijo, honra al Padre (5,23); quien cree en el Hijo, cree en el que lo ha enviado (12,44); quien quiera ver al Padre, lo ha de ver en Jesús (14,8s); escuchar su voz y creer al que lo ha enviado (5,24), significan lo mismo.

El Padre le ha dado un mandato que él tiene que decir y manifestar (12,49). Lo mismo que el mensajero debe dar cuenta de su misión al que lo ha enviado (Jn 17), así también, Jesús, tras llevar a cabo su misión en la tierra, vuelve a aquel que lo había enviado (7,33). La misión del Hijo –y la misión del Padre– están orientadas a la salvación.

La misión del Hijo no culminó en su envío, sino Él mismo continúa necesariamente en el envío de los discípulos al mundo. Los cuales han de dar testimonio de lo que han oído, de lo que han visto - contemplado, de lo que han palpado del Hijo de Dios (1Jn 1,1-4). No se trata de ir a contar fábulas bonitas e imaginarias, hay que testimoniar la vida, el amor, la alegría que se recibe de Jesucristo. Al respecto dice el Papa: «Como aquellos dos discípulos “contaron a los otros lo que les había pasado por el camino»” (Lc 24,35), también nuestro anuncio será una narración alegre de Cristo el Señor, de su vida, de su pasión, muerte y resurrección, de las maravillas que su amor ha realizado en nuestras vidas».

La alegría de anunciar a Jesús

Si el mensaje es tan grande y fundamental, no se puede ir despacio. De ahí que el Romano Pontífice exhorte a ir de prisa a compartir la alegría del encuentro con el Señor. Máxime cuando se trata del anuncio de Jesús Resucitado, pues su presencia siempre ha dinamizado a la Iglesia, Él es quien envía. Las mujeres, cuando se encontraron con Él, iban a toda prisa a llevar el mensaje (Mt 28,8; Jn 20,18). La misión no es un mandato o una exigencia que hay que cumplir, es una alegría que hay que compartir. De ahí que la misión es llevar el Evangelio con alegría, como lo dice la *Evangelii Gaudium*:

«Un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”» (EG 10; EN 80).

La alegría misionera está marcada por la dinámica del don. Quien recibe el Evangelio y lo comparte, no puede más que alegrarse en el Señor, su alegría es completa. La presencia de Jesús en las personas da plenitud a la vida humana, pues sólo Él puede llenar las expectativas de los seres humanos. Compartir la alegre noticia es compartir a una Persona que da sentido a todo lo que se hace. La alegría es fruto de la salvación. Lucas presenta las parábolas de la alegría en el capítulo 15, se recibe la salvación de Dios traída por su Hijo Jesucristo y no hay más que exultar de alegría, como lo hizo la Virgen María en el Magníficat. El Papa Francisco ha escrito en *Gaudete et Exsultate*: «La palabra “feliz” o “bienaventurado”, pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa que la persona, que es fiel a Dios y vive su Palabra, alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha» (GE 64).

La alegría viene de Jesús y no se puede encontrar en ningún otro lugar, de la misma manera que nadie la puede quitar. Es claro que tiene su origen en Dios, pues Él es la causa de la “dicha” y de la “santidad”, de la plenitud de vida. Tener la alegría y no compartirla es una contradicción. El que tiene la alegría del Resucitado en su corazón, necesariamente la comparte con su sola presencia, es decir, con su testimonio, aunque no pronuncie ninguna palabra de viva voz. Es que es discípulo de Jesús testimonia claramente alegría, paz, felicidad, solidaridad con sus hermanos... Siempre será necesario buscar espacios, en la universalidad, para transmitir la alegría de Jesucristo a todas las personas, independientemente de su cultura, o en medio de la diversidad cultural. El mejor lugar es ahí donde la gente no conoce la dicha.

Urge llevar el Evangelio con fe y amor

El Papa también señala en su mensaje por qué urge llevar el Evangelio: «Hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Cristo». El discípulo que se detiene a escuchar y contemplar la realidad humana, no puede ser indiferente a las necesidades que ve. La contemplación, sea del misterio como de la realidad, lleva a la acción concreta. La Iglesia está llamada a prestar atención a las necesidades del pueblo de Dios para responder a ellas. Sin embargo, no se trata solo de atender carencias, sino que la Iglesia ha de buscar ser vanguardista o primerear, como dice el Papa Francisco, en el mundo, sobre todo con el anuncio del Evangelio. Dicha actividad se realiza con fe y amor.

El objetivo hacia el que se orienta el discipulado es la fe y el amor, es la única exigencia. Sin la fe no pueden imaginarse tampoco otras expresiones de la condición de discípulo como el permanecer, recordarse, fructificar, que constituye de hecho aspectos, desarrollos de la fe.

La fe tiene un componente sensorial, es un uso correcto de los sentidos, el oír (Jn 10,16) y el ver (Jn 1,14; 12,45). Una fe que no se traduce en obras de amor, no tiene sentido, es decir, la verdadera fe se expresa con acciones concretas de amor. Por su parte, el amor implica dar a los necesitados (1Jn 3,17; 4,20) y a todo ser humano. Jesús mismo expresó su amor en el servicio a sus discípulos (Jn 13,1ss). La Iglesia, como "comunidad de amor", está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios, que es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo. El amor procede de Dios y de Cristo y se manifiesta en el ser humano necesitado, carente de amor. El Papa Francisco, siguiendo a san Pablo, dice: «"El amor de Cristo nos apremia" (2Co 5,14). Se trata aquí de un doble amor, el que Cristo tiene por nosotros, que atrae, inspira y suscita nuestro amor por Él. Y este amor es el que hace que la Iglesia en salida sea siempre joven, con todos sus miembros en misión para anunciar el Evangelio de Cristo, convencidos de que "Él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2Cor 5,15)».

La fe y el amor nos mueven a actuar en favor de los hermanos. Cuando se hace análisis de la realidad se encuentran una serie de problemas que, muchas veces, no se han profundizado y, por ende, no se ha respondido a tales situaciones. Dios en su revelación ha mostrado el camino que el hombre debe recorrer para ser feliz, Jesús se presentó como Camino, Verdad, Vida (Jn 14,6) y Luz. Somos conscientes de los grandes y rápidos cambios, de cómo están siendo zarandeadas las culturas y las sociedades de esta época posmoderna, que, sometida por las nuevas tecnologías, sigue sin resolver eficazmente los problemas enquistados en el hombre y en el mundo. Entre otros problemas están: La crisis de la familia con todas las dificultades derivadas, el desprecio y la violencia contra la vida y la dignidad humana, la vulneración de los derechos humanos, el dominio económico de unos pocos que genera desempleo y pobreza, el panorama de injusticia y de falta de solidaridad que deja tras de sí el ser humano en la época del secularismo, la necesidad de cuidar a la Hermana Madre Tierra, la preocupante situación de desigualdad y de violencia a que está sometida la mujer, las migraciones, la situación de la población indígena, los aspectos sombríos y vergonzosos de la misma Iglesia, golpeada sobre todo por los escándalos de la pederastia, el descenso de las vocaciones sacerdotales, la modernidad débil y relativista así como la negatividad y la inmoralidad inherentes a dicha modernidad (V CAM 4).

Hay que tener la certeza que con la luz de la Palabra todas las realidades se pueden iluminar. De ahí la urgencia de llevar el Evangelio a todas las personas que no lo conocen, hay que mostrarlo con su frescura: «"Cristo es el Evangelio eterno" (Ap 14,6), y es "el mismo ayer y hoy y para siempre" (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad. La Iglesia no deja de asombrarse por "la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de Dios" (Rm 11,33)» (EG 11).

La Iglesia ha de cuidar que a la Palabra de Dios no se le quite el contenido esencial que da sentido, hermosura y atractivo al mensaje divino que hemos recibido. De hecho, la lectura de la palabra de Dios tendría que convertirse en un acontecimiento salvífico: *kairós*, un acto por el que Dios nos recrea y nos hace partícipes de su vida. La persona ha de sentirse verdaderamente interpelada por el Señor, que le habla al corazón y le consuela. Esta lectura de la Biblia es «divina» sólo si realmente pasa a ser un diálogo vivo con Dios. Cuando esto ocurre, llega la salvación a nuestra casa y el Señor nos visita con su gracia. Esta experiencia espiritual cala en lo más hondo. Ya no se olvida. Para entenderla, orarla, interiorizarla y vivirla.

Iluminados por la Palabra de Dios, los misioneros han de ser los profetas de hoy, comprometidos con la realidad social y espiritual del pueblo. Ellos ayudan a descubrir e interpretar la historia, a ver el paso de Dios en medio del pueblo. Los profetas son aquellos que, cuando ven las injusticias en su entorno, denuncian determinadamente y piden justicia para el prójimo; cuando observan a un pueblo dividido, actúan buscando solucionar el problema; en medio de las guerras, llevan paz; pero, sobretodo, llevan el Evangelio ahí donde no lo conocen. Hacen presente a Jesucristo y al Padre tan deseado y esperado por los seres humanos.

Pies que se ponen en camino con la fuerza del Espíritu

La misión pide “pies que se pongan en camino” para llevar el evangelio a los que no lo conocen: ciudades, zonas rurales, fábricas, oficinas, centros de investigación, familias... todos aquellos lugares donde hace falta un misionero que lleve el Evangelio, ahí es tierra de misión y, desde ahí, se puede llegar a los confines de la tierra (He 1,8). Aquí recordamos a todas las personas que han sido elegidas por Dios para ir a donde están sus hermanos para ayudarlos en sus necesidades: Moisés tuvo que dejar su vida cómoda para ir a liberar a sus hermanos (Ex 3), Elías se puso en camino para predicar la Palabra de Dios (1Re 17-19) y muchos profetas anunciaron el mensaje divino y denunciaron las injusticias. Pero sobre todo el Misionero divino se empolvó los pies para llevar la Buena Nueva de Dios (Mc 1,14-15) y envió a sus discípulos para que continuaran la obra que Él inició (Mt 28,16-20).

Algo que debe caracterizar al misionero es el fuego que han de llevar en el corazón y la luz de Jesús en su mirada. Esto no es otra cosa que la fuerza del Espíritu Santo, su misión en el mundo, es decir, la misión implica la acción del Espíritu. El testimonio resulta imposible, si no es por el don del Espíritu (Jn 16,16; 15,26-27). Los discípulos son testigos oculares de toda la actividad de Jesús, pero quien conduce a la fe, en el Hijo de Dios, es el Espíritu, pues Él da testimonio de Jesús (Jn 16,13).

Gracias a la Tercera Persona de la Trinidad la obra de Jesús queda certificada, además de conducir a la verdad. El testimonio de los discípulos queda confirmado por la acción del Espíritu Santo (IVSE 31). El Espíritu de la verdad es el que da testimonio de Jesús (Jn 16,26); Jesús promete el Espíritu Paráclito a los discípulos (Jn 16,26); Jesús concede el Espíritu a sus discípulos para que cumplan la misión que les ha encomendado (Jn 20,21-22). Es indispensable la acción del Espíritu en toda labor misionera. Por medio de Él se encarnó la Palabra, por medio de Él se interpreta la Palabra y por su medio se comparte la Palabra.

La acción del Espíritu hace que el misionero sea dinámico, creativo, animoso, alegre, compasivo, que tenga iniciativas apostólicas... En Hechos de los Apóstoles el Espíritu guía la misión. El espíritu es la fuerza que guía a los discípulos de Cristo en su misión de dar testimonio del Resucitado. Así se le presenta explícitamente: Como orientador de su actividad de testigo (He 2,4; 4,31; 8,29.39; 10,19.44; 11,28; 13,2.4; 15,28) o como correctivo de su proclamación misionera (He 16,6.7; 21,4). No hay misión profética, si no se da un espacio al Espíritu. La misión es una consecuencia lógica de quien ha sido revestido de la presencia del Espíritu (He 1,5-8). Como María, el día de la anunciación se hizo madre por obra del Espíritu, así la Iglesia se hace continuamente misionera y madre desde el día de Pentecostés (LG 59; AG 4). Indiscutiblemente el Espíritu Santo es el verdadero Maestro de la misión.

El Espíritu anima a la comunidad a salir de su miedo y encerramiento para que se ponga a caminar y predicar a Jesucristo resucitado (He 2,4.14). El Espíritu anima y renueva el rostro de la Iglesia, le llena los ojos de una nueva luz para ver y descubrir el momento presente y también el pasado, con miras hacia el futuro (He 2,15-18). El Espíritu Santo anima, con su fuerza, el corazón de los fieles para hablar la verdad con valentía (He 4,31), dar testimonio de obediencia a Dios (He 5,29-32) y poner en práctica la fe por medio de obras de amor (He 2,44; 4,34-35). No hay verdadera misión sin la acción del Espíritu Santo en la vida de los misioneros. Pidamos a Dios para que todas las personas, que han sido enviadas a misionar, lo hagan conforme al querer divino y movidos por la fuerza del Espíritu Santo.

En este mes de las misiones, el Papa Francisco también nos invita a contribuir con los misioneros mediante la oración, la acción misionera, con la ofrenda económica a ellos, con sacrificios ofrecidos por los misioneros. Cada cristiano puede ser misionero desde donde se encuentra colaborando a favor de las misiones. A quienes tenemos posibilidad de misionar se nos invita a abrir los ojos frente a los necesitados del Evangelio, poner los pies en camino al encuentro de los que no conocen a Jesús o dando testimonio de Jesús en los ambientes donde nos encontremos, urge llevar la salvación de Dios a quien la está esperando.

